

[Revista del Centro de Estudios Educativos (México), Vol. V, núm. 1, 1975, pp. 125-137]

Wionezek, Miguel A. (Selección de), *La sociedad mexicana: presente y futuro.*

Lecturas, 8
México: El Trimestre Económico,
FCE, 1974.

Coloniaje externo e interno

Sojuzgado durante tres siglos a la Corona de España, rezagado sustancialmente por la Revolución Industrial el siglo pasado, México dependió largamente del capital y la tecnología extranjera durante el Porfiriato y, muy a pesar de la Revolución, sigue dependiendo. Esa dependencia es hoy alarmante.

Además de ese coloniaje del exterior, México vive otro internamente: una pequeña minoría en la cúspide y abajo la inmensa masa silenciosa. Durante la colonización española, el rango social se medía por el color de la piel, "pigmentocracia", con blancos, indios, negros y sus razas de mezcla. Ahora, en los deciles de la distribución del ingreso, con un impresionante 70% de pobres.

Se suponía que la Revolución liberaría a México de ese doble coloniaje. ¿Qué se ha hecho en más de medio siglo de la era postrevolucionaria? Tenemos que confesar que poco se ha hecho respecto a esa doble dependencia.

El mexicano "de abajo", pasivo, poca cuenta se da de lo que acontece, a no ser porque su dinero se le volatiliza más rápidamente en este comienzo de la era inflacionaria. El que lee algo y recibe la televisión capta a medias la situación, que le llega fragmentaria o envuelta en la algarabía de los economistas. El que quiere profundizar para tomar conciencia se ve en dificultades, ya que los textos, generalmente traducidos, nada le dicen

de "los grandes problemas nacionales" y, sobre todo, no llega a formarse un juicio ante la actitud reticente y menos-que-antes-pero-todavía-desconfiable de las autoridades.

Afortunadamente, se empieza a escribir sobre nuestros problemas económicos con franqueza y a fondo; un poco en desorden todavía, pero se comienza: y eso es lo importante. En economía todo se entrelaza. De ahí que quien se interesa por un área especial, digamos la educación, no puede menos que alegrarse al poder iluminar sus problemas con los del conjunto.

M. S. Wionezek nos ofrece una selección de artículos que nos ilustran sobre nuestra doble dependencia; al menos así se puede interpretar. Esta selección —con dos artículos menos— ya había sido publicado en dos tomos, por la Secretaría de Educación Pública en 1971. (SEPSETENTAS, 4, 5).

El señor Wionezek tiene ya experiencia en armar antologías, como *Integración de América Latina: experiencia y perspectivas* (México: FCE, 1964) y *Comercio de tecnología y subdesarrollo económico* (México: unam, 1973); además, se bien conocida su producción sobre temas económico-internacionales de México.

Al tratar de ordenar la lectura de esta antología, aparecieron tal vez las siguientes áreas: I - Política de desarrollo; II - Desigualdades internas; III - Desajuste exterior. A dichas áreas nos referimos enseguida.

I. Política de desarrollo

a) *El modelo de desarrollo*

El artículo con que David Barkin colabora en esta antología se refiere al modelo

del desarrollo mexicano, “La persistencia de la pobreza en México: un análisis económico-estructural”.

Para que se dé un modelo de desarrollo, es menester que las autoridades lo propongan y lo implementen. Los excesos a que llegó el capitalismo puro, que creyó —ingenua o mañosamente— en el sabio y suave gobierno de la “mano invisible” para llegar a la armonía económica y al provecho de la totalidad, llevó a los gobiernos a poner mano —tímidamente al principio, con firmeza después— en la cosa económica. En México, la injerencia del Estado en este sentido es decisiva. (No es éste el lugar para discutir la discutible pirámide de las decisiones que culmina —¿o empieza?— en la sola persona del Presidente constitucional de México). Responsabilidad pavorosa: son más de 50 millones de gentes afectadas. Y el tinglado económico es complejo y delicado. Sensible como vasos comunicantes.

¿Por qué ruta iban las autoridades a lanzar el país? Respuesta: la industrialización. Cárdenas echaba las bases de la infraestructura y ya Ávila Camacho recogía los primeros frutos de la industrialización, gracias a la buena coyuntura de la segunda guerra mundial. Era el despegue. Se continuó en esa línea, ahora reforzada por el crédito y la confianza internacionales. Fueron los años 50 y 60, los espectaculares, los del “milagro mexicano”.

¿Fue bueno el modelo seguido? David Barkin nos dice en su artículo que no ha favorecido a la gran masa de la población, por más que se haya logrado un sólido 6% de aumento del PNB en las últimas décadas. Las desigualdades económicas de la población perduran.

Dicho modelo, en cierta versión de la “mano invisible”, suponía que la industrialización iría absorbiendo paulatinamente la disponibilidad casi-ilimitada de mano de obra. No fue así: la masa de población subyacente desbordó las oportunidades. Si bien el modelo era consciente de que temporalmente podría darse concentración del ingreso total en manos de los pocos, también suponía que no era perdurable. Falló el mode-

lo: no se ha dado la ascensión social esperada.

Reflexionando en los modelos económicos, explícitos o implícitos, y en la historia económica, se pregunta uno: ¿No será que no hay fórmulas mágicas para elevar en corto tiempo la “calidad de la vida” de toda una nación, y ésa en proliferación vertiginosa? ¿Cuánto es “corto tiempo” en la vida de las naciones? ¿Cuánto no duró, costo, la maduración económica (W. W. Rostow) de otras naciones, planificadas o no? ¿Hubiera sido mejor para México activar la agricultura sobre la industrialización? ¿O la pequeña (F. Tannenbaum) sobre la gran industria? ¿O poner pesados fardos fiscales sobre una industria débil por entonces, con fines de igualación social, pero con una desaceleración el crecimiento económico? ¿O, finalmente, romper todo modelo occidental e ir a la estatización?

Los resultados del modelo, fallidos, deben ser historia y lección. Sobre lo que queda —alguien dirá ruinas, alguien dirá logros—, hay que edificar el nuevo orden.

b) Política fiscal

Una vez aceptado un modelo económico, la política fiscal debe ser su implementación, Francisco Javier Alejo nos habla en esta colección sobre “La política fiscal en el desarrollo económico de México”. Describe con diaphanidad nuestra historia fiscal, valorando su hito y terminando con una prognosis hasta 1980.

Una sana política fiscal sería aquella que —teniendo en cuenta los valores de la comunidad, su idiosincracia, aspiraciones y potencialidades— señalara e implementara objetivos concretos y viables para subir al máximo la calidad de la vida de toda la colectividad.

¿Qué valores? En un análisis de los valores “proclamados” por los gobiernos de la Revolución, el CEE Encontró los siguientes: El bien de la patria, sobre el de los particulares; la democracia; la justicia social, orientada al bien de toda la comunidad, pero con énfasis sobre el más pobre; la libertad, como fruto de la

justicia y generadora de la paz; el desarrollo económico, con orientación social con miras también a la independencia económica (*Revistas del CEE*, vol. III, no. 3, 1973). El análisis prescinde de si esos valores “proclamados” por el Gobierno coinciden con los de la colectividad mexicana. Creemos que sí los acepta, si bien pueda tener además otros de otra índole, y aunque pueda disentir en el modo, la ocasión y la adecuación-con-la-verdad con que sean proclamados o implementados.

Nadie podrá soslayar el “tono” social de nuestra política fiscal aunque haya quedado muy lejos de sus metas. Hablamos de característica social “en bloque”, de “tendencia general”, no de personas engranadas en la burocracia con posibles logros egoístas y antisociales en el camino. No hablamos de ellos, aunque puedan ser muchos y puedan, incluso, poner en ridículo la tónica social de la Revolución.

¿Qué objetivos fiscales? De entre los tres objetivos principales de toda nación, a saber, buen ritmo de crecimiento económico, estabilidad de precios y política de pleno empleo, México ha logrado un crecimiento del PNB y una estabilización de precios, notables hasta 1970. Para lograrlo, tuvo que enfrentarse a tareas colosales en el arranque de su modernización. Así, el parar una hercúlea infraestructura: electricidad, caminos, irrigación, energéticos, remodelaciones urbanas, etc. Así, el responder a la demanda de servicios de una población que se dobla cada veintitantos años: educación, higiene, burocracia, seguridad pública, etc. Así, el reforzar la acción económica del Estado, a través del gasto y la inversión públicas, para balancear, espolear el crecimiento. Así, el canalizar flujos extranjeros de capital para responder a la presión creciente de más empleo. Así finalmente, la redistribución del ingreso para elevar las clases inferiores del campo y la ciudad y en este punto es donde la política fiscal ha sido importante. Sus resultados regresivos.

Cierto, era difícil llenar todos los propósitos, era imposible cumplirlos en

plenitud. Si ello es así, la disyuntiva era o establecer prioridades fiscales o llevar la máquina económica a un tiempo mas lento. En realidad, la prioridad fue la industrialización del país.

Al decidirse México por ella, consciente o inconscientemente se estaba decretando la postergación de los beneficios sociales a las capas inferiores. Los resultados no podían ser otros que los dramáticos distanciamientos en la acumulación del ingreso generado por la industrialización. ¿Qué hacer? La pronunciada curva de Lorenz para México parece que no se puede mejorar definitiva y sustancialmente por la sola vía de la reforma tributaria (Barkin), sobre todo en esta época inflacionaria. El campo necesita una inyección de dosis colosales para salir de su estancamiento y entrar a ser actor y participe ¡Está esperando afuera todavía, con cita de 1910! Su prioridad es inaplazable.

Para el señor Alejo, los resultados del manejo fiscal han sido insatisfactorios en lo social. “No debe sorprender —dice— que el aspecto más sobresaliente del desarrollo del país en los tres últimos decenios haya sido el crecimiento económico y el desarrollo de no más de una decena de ciudades importantes. La acción de Estado no tendió a contrarrestar las desigualdades sociales que ha ido poniendo en evidencia el crecimiento económico...” (pp. 78-79). Cree que el Estado no podrá hacer frente, dadas sus deudas y sus actuales ingresos, en lo que falta de la década, a la serie ingente de tareas (pp. 79-80), y propone un mayor rigor tributario (pp. 82 y 89-97) y otras medidas, como revisión del proteccionismo arancelario y el resanar deficiencias como la que él con suavidad llama “un cierto grado de ineficiencia administrativa”.

Si dicha reforma se hace a fondo, atajando definitivamente franquicias y evasiones, administrando eficazmente los dineros de la comunidad contribuyente y dando una imagen nueva de honestidad en la alta y media burocracia; el Fisco se allegará un volumen considerable, tal vez no suficiente, de fondo para lograr los objetivos. Ojalá quede en pri-

mer término el de las igualdades sociales y el campesinado. (¡Ojalá!, dirán los ya escépticos campesinos). Y ojalá sea esto también ocasión para la democratización de la política económica, dando parte al pueblo de y en lo que se proyecta hacer y no sólo de resultados irreversibles. Hasta hoy ha sido el invitado de piedra en los informes presidenciales del 1º de septiembre.

La apertura del Gobierno es ya exigencia del pueblo, que espera ver el juego limpio de la política: quiere saber los honestos porqués, cómo y cuándo. Entrar a dialogar al escenario sin disfraces atávicos. Quiere practicar la democracia. Romper el coloniaje político.

Los artículos de Barkin y Alejo confluyen en la afirmación de que tanto el modelo mexicano de desarrollo, como su implementación vía política fiscal, han arrojado el saldo de un admirado crecimiento del PNB, pero con extrema diferenciaciones sociales. Los desajustes se han hecho patentes tanto en la vida interna del país, como en sus relaciones con el exterior. Esos desajustes son descritos con mayor detalle en otros artículos de la misma selección. Veamos.

II. Desigualdades internas

1) Desigualdad del ingreso personal. Carlos Tello trata este problema en su artículo: "Un intento de análisis de la distribución personal de ingreso", que considera otro ángulo pero aun así nos recuerda el clásico de Ifigenia M. de Navarrete (El Perfil de México...).

2) Desigualdad regional. Rodrigo A. Medellín nos ilustra sobre la diferenciación económica de las regiones del país —éstas, según J. W. Wilkie—. Medellín demuestra que esa diferenciación económica se acentúa. No alude expresamente al problema Norte-Sur de que gustan hablar los economistas, por darse en tantas regiones y países, y que ya emerge claramente en el nuestro, como se trasluce en los datos del trabajo.

Carrillo-Arronte en su artículo focaliza el mismo tema de la diferencia regional y demuestra "que cada día la diferencia entre las regiones ricas y las regiones pobres del país, no sólo se hace más grande, sino también más difícil de resolver ante la creciente inercia del fenómeno y la ausencia de una clara política económica de promoción del desarrollo regional" (p. 429). El estudio se centra preponderantemente en la macrocefalia amenazadoramente creciente del Distrito Federal, ese monstruo consentido.

3) Desigualdad alimenticia. Dadas las desigualdades en el ingreso, es posible trazar una pronunciada curva de Engels para México. En estudios parciales, se ha encontrado que la clase más pobre gasta el 80% de su ingreso en alimentación y ésta es deficitaria. En el artículo "Aspectos socioeconómicos de la alimentación en México", se estudian las desigualdades alimenticias —en calorías, proteínas, etc.— comparativamente por regiones económicas de México, y entre el campo y la ciudad. Este artículo complementa los anteriores sobre desigualdad regional, en el campo de la alimentación.

4) Desigualdad educativa. Pablo Latapí en su artículo sobre las necesidades educacionales del país, dedica unas páginas a dilucidar el problema del "distanciamiento en la distribución de oportunidades educativas". Esta parte refuerza, en un área, el artículo de Medellín.

Del análisis de éstas y otras desigualdades económico-sociales existentes en México, se comprueba lo que veíamos anteriormente: que sólo un puñado de ciudades grandes y sólo un grupo minoritario de la colectividad se han beneficiado con el tipo de desarrollo pretendido y con su implementación a través de la política y el quehacer fiscal. El abismo entre las clases sociales se agranda y por ende la situación del pobre, por lo menos comparativamente, cada día se deteriora. Urge el cambio.

III. Desajuste al exterior

Los rápidos sucesos económicos o paraeconómicos que se han escalonado en

lo que va de esta sorprendente década, invalidan algunas de las extrapolaciones que los expertos de la Economía lanzaron hacia arriba o hacia abajo en los años 60. La caída del dólar y su larga convalecencia; el resurgimiento de la República Federal de Alemania y el desplome de Inglaterra; la aparición de los Árabes, poderosos en petróleo y “petrodólares”, imponiendo sanciones, precios y condiciones a las potencias; el encarecimiento de la vida como fenómeno generalizado; el Tercer Mundo buscando su “identidad” entre las naciones. Todo ello ha cambiado en tanto la faz del mundo. Y en México, azotado por la inflación, pero esperanzado con su nuevo petróleo y con días mejores para sus metales y materias primas, también se nota el cambio de escenario.

Los tema de esta Antología que se refieren a los problemas internacionales de México en lo económico, nos dan idea clara del desajuste histórico y de la dependencia económica del exterior en que el país ha vivido las últimas décadas. Desgraciadamente, no nos informa sobre los hechos de estos 4 últimos años, que han agudizado la situación internacional.

Con todo, los artículos mantienen la validez de una lección de historia, historia que surgirá sorteando, por algunos años cuando menos, los mismos escollos de dependencia. Aunque México lograra superar el déficit crónico y creciente de su balanza comercial y librarse de la pesada carga de la deuda externa, gracias a los esperados excedentes de petróleo, metales y eventualmente productos agropecuarios; todavía le quedaría la dependencia en tecnología que no puede hacer propia en pocos años, le quedaría las inversiones extranjeras firmemente establecidas por años, la incompetitividad cualitativa y organizacional en los

mercados internacionales del producto industrial la tarea de amacizar su agricultura para el gran consumo interno y eventualmente externo también. Todo eso conlleva años de dependencia.

Sin embargo, de manejar México hábil y firmemente el nuevo petróleo, puede lograr otro “milagro económico” o, por lo menos, el *deus ex machina* que le venga a sacar de ese atolladero de dependencia en que se halla: por sus deudas, por la pérdida gradual del control de la gran empresa, por la dependencia tecnológica, y por las demás abras entre México y los países desarrollados, mucho más dramáticas que las señaladas por Servan-Schreiber para Francia en su *Desafío Americano*.

En la Antología que nos ocupa, hay artículos sobre nuestra dependencia del Exterior. Sus autores y títulos: Bela Balassa, “La industrialización y el comercio exterior: análisis y proposiciones”; J. E. Navarrete; “Desequilibrio y dependencia: las relaciones económicas de México en los años sesenta”; M. S. Wionezek, “La inversión extranjera privada: problemas y perspectivas” y “El desarrollo científico y tecnológico: sus consecuencias”.

Todos estos artículos, más bien del género descriptivo-científico, son una buena introducción a la problemática de nuestra dependencia. Sería útil complementar esa lectura, antes o después, con alguna menos cuantitativa y más dentro de lo político sobre la realidad actual y el futuro de nuestra dependencia. Una sugerencia breve: Helio Jaguaribe, “Dependencia y autonomía en América Latina”, en *La dependencia político-económica de América Latina, Siglo XXI*.

A. Hernández-Medina,
Centro de Estudios Educativos.